

Nec jam validis radicibus hærens
Pondere tuta suo est ¹.

A mayor abundamiento, no basta reconocer solamente el flanco y el foso para juzgar de la seguridad de una plaza; hay que ver además por dónde á ella puede llegarse, y cuál es el estado en que el sitiador se encuentra: pocos son los navios que se hundan con su propio peso y sin el concurso de violencia extraña. Volvamos, pues, los ojos aquí y allá, y veremos que todo se hunde en torno nuestro: á todos los grandes Estados, sean cristianos ó no lo sean, convertid vuestra mirada, y encontraréis una evidente amenaza de modificación y ruina:

Et sua sunt illis incommoda, parque per omnes
Tempestas ².

La tarea de los astrólogos es fácil cuando anuncian graves trastornos y mutaciones próximas: sus adivinaciones son presentes y palpables; no precisa encaminarse al cielo para hacerlas. Pero no solamente debemos alcanzar consuelo de los universales descalabros amenazadores, sino también alguna esperanza en pro de la duración de nuestro Estado; tanto más cuanto que naturalmente nada cae allí donde todo se derrumba: la enfermedad universal constituye la salud particular; la uniformidad es cualidad enemiga de la disolución. Por lo que á mi toca, todavía no me desespero, y paréceme ver en torno mío caminos por donde salvarnos:

Deus hæc fortasse benigna
Reducet in sedem vice ³.

¿Quién sabe si Dios querrá que acontezca con nuestras revueltas cual con los cuerpos sucede, que se purgan, pasando á un mejor estado después de enfermedades largas y penosas, las cuales les devuelven una salud más cabal y más pura de la que antes disfrutaran? Lo que más me apesadumbra es que, considerando los síntomas de nuestro mal, veo tantos tan naturales y de aquellos que el cielo nos envía propiamente suyos, cuantos nuestros desórdenes y humana imprudencia añaden: diríase que los astros mismos nos declaran que duramos ya bastante y que sobrepujamos los términos ordinarios. Y esto también me causa pesar: el duelo más cercano que nos avecina no consiste en la adulteración de la masa entera y sólida, sino en su disipación y separación. Este es el mayor de nuestros temores.

1. Sólo flacas raíces se fijan á la tierra; únicamente le sostiene su propio peso. LUCANO, I, 138.

2. Todos están enfermos y amenazados de tempestad idéntica.

3. Quizás un dios merced á un cambio favorable nos volverá á nuestro pristino estado. HORACIO, *Epod.*, XIII, 7.

Aun en estas soñaciones de que aquí hablo temo la infidelidad de mi memoria, que quizás por inadvertencia me haya hecho registrar dos veces una misma cosa. Detesto el reconocer de nuevo mis pareceres, y no retoco jamás, si no es de mala gana, lo que ya antaño consignara. Yo no transcribo aquí ninguna cosa nueva: todas ellas son comunes: habiéndolas acaso cien veces concebido, temo haberlas ya sentado. Las repeticiones son siempre pesadas, hasta en el mismo Homero, y particularmente ruinosas en aquello cuyo aspecto es superficial y transitorio. Soy enemigo de la inculcación hasta en las cosas más útiles, como hace Séneca y se acostumbra en su escuela, que van repitiendo sobre cada materia del principio al fin las sentencias y presupuestos generales, y alegando siempre de nuevo los argumentos y razones comunes y universales.

Mi memoria va empeorando cruelmente cada día;

Pocula Lethæos ut si ducentia somnos
Arente fauce traxerim ¹.

Será preciso en adelante (pues á Dios gracias hasta hoy no me ha faltado) que en vez de hacer lo que los demás, ó sea buscar tiempo y ocasión oportunos para pensar lo que van á decir, huya yo de toda suerte de preparación, temiendo sujetarme á alguna obligación de la cual tenga que depender. Verme comprometido y obligado me descañilla, lo mismo que sustentarme en un tan débil instrumento como mi memoria. Jamás leo esta relación sin sentirme al punto dominado por un resentimiento natural. Acusado Lincestes de haber conjurado contra Alejandro, el día que según costumbre compareció ante el ejército del soberano para defenderse, guardaba en su cabeza un discurso estudiado, del cual, todo dudoso y tartamudeando, profirió algunas palabras. Como se confundiera cada vez más mientras luchaba con su memoria, y procuraba que ésta le viniera en ayuda, hétemelo atacado y muerto á lanzadas por los soldados que tenía junto á él, convencidos de su crimen. El pasmo y el silencio del reo sirviéles de confesión. Como tuviera en el calabozo todo el tiempo que necesitara para prepararse, no fué la memoria, al entender de sus verdugos, lo que le faltó, sino que creyeron que la conciencia le trabó la lengua y le desposeyó de fuerzas. En verdad dicen bien los que sientan que el lugar impone, el concurso y la espectación, hasta cuando no se anhela sino la ambición del bien hablar. ¿Qué no sucederá cuando se trata de una peroración de la cual la vida depende?

En cuanto á mí, la sola sujeción que me ata á lo que tengo que decir me extravía. Cuando me encomiendo entera-

1. Cual si abrasadas las fauces hubiera saciado mi sed en las aguas somnolientas del Leteo. HORACIO, *Epod.*, XIV, 3

mente á mi memoria me apoyo tan fuertemente en ella que sucumbe, atormentándose con la carga. Tanto cuanto en ella confio, me coloco fuera de mí, como un hombre que ignora el continente que debe adoptar; y á veces me sucedió encontrarme casi imposibilitado de ocultar la servidumbre en que me lanzara, pues mi designio es representar, cuando hablo, una flojedad profunda de acento y de semblante, á la vez que movimientos fortuitos é impremeditados, como originados por las ocasiones actuales; prefiriendo no decir nada que valga la pena, mejor que el mostrar preparación para decir bien; lo cual sienta pésimamente, sobre todo á las personas de mi estado, é impone juntamente obligaciones grandes á quien no es capaz del desempeño de magnas cosas. El apresto hace esperar más de lo que se cumple: torpemente vestimos el colete para no saltar mejor que con hopalandas: *nihil est his, qui placere volunt, iam adversarium, quam exspectatio*¹? Refiérese del orador Curio que al ordenar las partes de su discurso, y al clasificar en tres, cuatro ó mayor número sus argumentos, acontecía fácilmente olvidar alguno, ó añadir otros con que no había contado. Yo evité siempre caer en este inconveniente como odiara esas trabas y prescripciones, no sólo por natural desconfianza en mi memoria, sino también porque tal procedimiento asemejase al arte en demasia: *simpliciora militares decent*². Basta con que para en adelante haya determinado el no hablar en lugares solemnes, pues el hacerlo leyendo el manuscrito, á más de parecerme cosa torpe, es desventajoso grandemente para quienes por naturaleza pueden sacar algún partido de la acción; lanzarme á los caprichos de mi invención, todavía puedo hacerlo menos: la mía es pesada y turbia, incapaz por tanto de proveer á los repentinos menesteres importantes.

Consiente, lector, que corra todavía este ensayo y este tercer alargamiento del resto de las partes de mi pintura. Yo añado siempre, pero no enmiendo nunca; en primer lugar, porque quien hipotecó al mundo su obra, entiendo que ya no tiene derechos sobre ella: diga, si puede, mejor en otra parte, mas no corrompa la labor que vendió. De tales gentes nada habría que comprar sino después de su muerte. Que piensen despacio antes de producirse: ¿quién les mete prisa? Mi libro es siempre uno, salvo que, á medida que se reimprime, á fin de que el comprador no se vaya con las manos completamente vacías, me permito poner en él algunos ornamentos supernumerarios (como cosa que es de taracea mal unida), los cuales en nada condenan la primera forma, sino que comunican algún valor particular á cada una de las siguientes, merced á una diminuta

1. Nada tan desfavorable para quien trata de complacer como el hacer concebir luengas esperanzas. CICERÓN, *Academ.*, II, 4.

2. La sencillez acomoda á los guerreros. QUINTILIANO, *Inst. Orat.*, XI, I.

sutilidad ambiciosa. Ocurrirá con esto que acaso la cronología se trastrueque, pues mis historias encuentran lugar según su oportunidad, no siempre conforme á los años en que ocurrieron.

En segundo lugar, como á mi juicio temo perder en el cambio, mi entendimiento no camina siempre adelante, marcha también á reculones. Apenas si desconfio menos de mis fantasías por ser segundas ó terceras, que primeras, ó presentes que pasadas, pues á veces nos corregimos tan torpemente como enmendamos á los demás. Desde que saqué á luz mis primitivas publicaciones, en el año mil quinientos ochenta, he envejecido de algunos; mas yo dudo que mi prudencia haya aumentado ni siquiera en una pulgada. Yo ahora, y yo antes, somos dos individuos; cuándo mejor, no puedo decirlo. Hermoso sería encaminarse á la vejez si al par nos dirigiéramos hacia la enmienda: mas no hay tal; el nuestro es un movimiento de ebrio, titubeante, vertiginoso é informe, cual el de los cañaverales que el viento agita á su albedrío. Antioco había escrito vigorosamente en pro de las doctrinas de la Academia, pero al llegar á la vejez adoptó partido distinto: cualquiera de los dos que yo siguiera, ¿no sería siempre seguir las huellas de Antioco? Después de haber sentido la duda, querer afirmar la certidumbre de las ideas humanas, ¿no era fijar aquélla en vez de la certeza, y prometer, caso de que sus días se hubieran prolongado, que se encontraba sujeto á un cambio nuevo, no tanto mejor cuanto diverso?

El favor del público me comunicó alguna mayor osadía de la que yo esperaba. Pero lo que más temo es hastiar; mejor preferiría hostigar que cansar, á imitación de un hombre eximio de mi tiempo. La alabanza es siempre grata, sean cuales fueren el lugar y la persona por donde vengan, mas sin embargo precisa, para aceptarla á justo título, hallarse informado de la causa que la motivó; hasta las imperfecciones mismas hay medio de alabarlas. De la estima vulgar y común se tiéne poca cuenta, y ó mucho yo me engaño, ó en mis días los escritos más detestables son los que ganaron la ventaja del favor popular. En verdad, yo estoy reconocido á los cumplidos varones que se dignan tomar en buena parte mis débiles esfuerzos: ningún lugar hay en que los defectos del obrero resalten tanto como en un asunto que de suyo carece por completo de recomendación. No me achaques, lector, de entre aquéllos los que se deslizan así, por el capricho y la inadvertencia ajenos; cada mano, cada obrero contribuyen con los suyos: yo no me euro de ortografía (ordeno solamente que sigan la antigua), ni de puntuación tampoco; soy poco experto en una y en otra. Donde trastornan el sentido por completo, poco me apesadumbro, pues del pecado me libentan; mas cuando lo substituyen con otro falso, como hacen con frecuencia, con-

La alabanza

duciéndome á sus concepciones, me pierden. De todas suertes, las sentencias que no entran en mi medida un espíritu claro debe rechazarlas y no admitirlas como mías. Quien conozca cuán poca es mi laboriosidad, y quien sepa que nunca me desvíó de mi manera de ser, creerá fácilmente que dictaría de nuevo de mejor gana otros tantos *Ensayos* como llevo escritos, mejor que resignarme á repasar éstos para hacer esa corrección pueril¹.

Decía, pues, ha poco, que hallándome plantado en las entrañas del criadero de este nuevo metal², no solamente me encuentro privado de familiaridad grande con gentes de costumbres que difieren de las mías, y de opiniones distintas, merced á las cuales ellos se mantienen en apretado nudo, que rige á todos los otros, sino que tampoco me mantengo sin riesgo entre aquellos á quienes todo es igualmente hacedero, con quienes no puede en lo sucesivo empeorar su situación las leyes, de donde nace el extremo grado de licencia actual. Contando todas las circunstancias particulares que me atañen, ningún hombre de entre los nuestros veo á quien la defensa de las leyes cueste (sin que con ello salga ganando, sino perdiendo) más que á mí; y tales alardean de bravos por su calor y rudeza que hacen mucho menos que yo, todo bien aquilatado. Como vivienda libre en todo tiempo, abierta de par en par y obsequiosa para todos (pues jamás me dejé inducir á hacer de ella un instrumento de guerra, la cual voy á buscar de mejor grado cuando más alejada está de mi vecindad), mi casa mereció bastante afección del pueblo, y sería bien difícil maltratarme por lo que en mi casa ocurre. Considero como caso maravilloso y ejemplar el que todavía permanezca virgen de sangre y saqueo bajo una tan dilatada tempestad, tantos cambios y agitaciones vecinas, pues á decir verdad, era posible á un hombre de mi complexión el escapar á una situación constante y continua, cualquiera que ésta fuese; mas las invasiones é incursiones contrarias y las alternativas y vicisitudes de la fortuna en derredor mio exasperaron más hasta ahora que ablandaron la indole de mi país, circundándome de peligros é invencibles dificultades.

Librome de estos estragos, pero me disgusta que esto suceda por acaso y hasta por mi prudencia mejor que por justicia; y me contraria encontrarme fuera de la protección de las leyes y bajo otra salvaguardia que la suya. Conforme al estado de las cosas, yo vivo más que á medias con la ayuda del favor ajeno, que es dura obligación. No quiero deber mi seguridad ni á la bondad y benignidad de los

1. Lo que Montaigne afirma en este pasaje es la expresión de la verdad más genuina. En muchos lugares la claridad habría sido mayor, y por consiguiente menos penosa la lectura, si se hubiera resignado á hacer esa « corrección pueril » que desdenaba.

2. Ó sea en medio de la mayor corrupción del siglo en que vivía. C.

grandes, á quienes son gratas mi lealtad y libertad, ni á la sencillez de costumbres de mis predecesores y mías, ¿pues qué ocurriría si yo fuera otro? Si mi porte y la franqueza de mi conversación obligan á mis vecinos ó á mis parientes, crueldad es que puedan pagarme dejándome vivir y que puedan decir: « Concedémosle la libre continuación del servicio divino en la capilla de su casa, puesto que todas las iglesias de los alrededores para nosotros están abandonadas; y le concedemos el usufructo de sus bienes y el de su vida, porque guarda á nuestras mujeres, y á nuestros bueyes en caso necesario. » Tiempo ha que á nuestra casa cabe parte de la alabanza de Licurgo el ateniense, quien era general depositario y guardián de la bolsa de sus conciudadanos. Pero yo entiendo que es preciso vivir por autoridad y derecho propios, no por recompensas ni por gracia; ¡Cuántos hombres cumplidos prefirieron mejor perder la vida que deberla! Yo huyo de someterme á toda suerte de obligación, y sobre todo á la que me liga por deber de honor. Nada encuentro tan caro como lo que se da, por lo cual mi voluntad permanece hipotecada á título de gratitud. Acojo de mejor gana los servicios que se venden: por éstos no doy sino dinero; por los otros me doy yo mismo.

El nudo que me sujeta por la ley de la honradez parece-me mucho más riguroso y opresor que no el de la sujeción civil; más dulcemente se me agarrota por un notario que por mí: ¿no es razonable que mi conciencia se comprometa mucho más en aquello que simplemente la confiaron? En las demás cosas nada debe mi fe, pues nada tampoco la prestaron: que se ayuden con el crédito y seguridad que fuera de mí se buscaron. Mucho mejor querría romper la prisión de una muralla y la de las leyes que mi palabra. Soy fiel cumplidor de mis promesas hasta la superstición; y en todas las cosas las hago voluntarias, inciertas y condicionales. En aquellas que son de poca monta el celo de mi régimen las avalora, el cual me molesta y recarga con su propio interés: hasta en las empresas libres y completamente mías, cuando las declaro, parece-me que me las prescribo, y que ponerlas en conocimiento ajeno es preordenárselas á sí mismo; entiendo prometerlas cuando las confieso, así que lanzo al viento pocos de entre mis propósitos. La condenación que yo de mi mismo ejecuto es más viva y más rígida que la de los jueces, los cuales no me consideran sino conforme á la regla de la obligación común; la obligación que mi conciencia me impone es más estrecha y más severa. Yo sigo flojamente los deberes á que me conducen cuando de buen grado no camino: *hoc ipsum ita justum est, quod recte fit, si est voluntarium*¹.

1. La más justa de todas las acciones deja de serlo si no es voluntaria. Cicerón, de *Offic.*, 1, 3.

Si la acción no reviste algún esplendor de libertad carece de mérito y de honor:

Quod me jus cogit, vix voluntate impetrent ¹:

donde la necesidad me arrastra gusto de libertar mi voluntad; *quia quidquid imperio cogitur, exigenti magis, quam prestanti acceptum refertur* ². Sé de algunos que siguen este proceder hasta la injusticia; otorgan mejor que devuelven, prestan más bien que pagan, hacen más avariciosamente el bien á quienes á ello están obligados. Yo no voy por este camino, pero lo bordeo.

Gusto tanto de descargarme y desobligarme, que á veces conté como provechos las ingratitudes, ofensas é indignidades que á mi conocimiento vinieron de parte de aquellos con quienes la naturaleza ó el acaso me ligaron, considerando sus culpas todas como otras tantas cuentas que pagar y como saldo de mi deuda. Aun cuando yo continúe pagándoles los buenos oficios aparentes de la pública razón, encuentro economía grande, sin embargo, en realizar por justicia lo que cumplía por afección, en aliviarme un poco de la atención y solicitud de mi voluntad en el interior; *est prudentis sustinere, ut currum, sic impetum, benevolentiae* ³, la cual en mí es urgentísima y opresora, allí donde me rindo, al menos para un hombre que quiere verse libre por entero. Semejante conducta me sirve de algún consuelo en lo tocante á las imperfecciones de los que me rodean; disgustome de que valgan menos, pero con ello ahorro alguna cosa de mi aplicación y compromisos para con ellos. Apruebo al que quiere menos á su hijo cuanto más es tiñoso ó jorobado; y no solamente cuando es malicioso, sino también cuando es desdichado de espíritu y mal nacido (Dios mismo rebajó esto de su valor y estimación natural), siempre y cuando que se conduzca en este enfriamiento con moderación y justicia exactas: en mí el parentesco no aligera los defectos, más bien los agrava.

Después de todo, supuesta mi capacidad en la ciencia del bien obrar y del reconocimiento, que es sutil y de frecuente uso, á nadie veo más libre y menos adeudado de lo que yo lo estoy en el momento actual. Lo que yo debo, débolo simplemente á las obligaciones comunes y naturales: nada hay que sea más estrictamente remunerado, por otra parte;

Nec sunt mihi nota potentia
Munera ⁴.

1. Apenas ejecuto voluntariamente aquellas cosas á que el deber me obliga. TERENCIO, *Adelph.*, acto III, esc. v, v. 44.

2. Porque en aquellas cosas en que la autoridad superior ordena, quien obedece es menos considerado que quien manda. VALERIO MÁXIMO, II, 2, 3.

3. Es prudente detener como en la carrera los arranques sobrado fogosos de la amistad. CICERÓN, *de Amicit.*, c. 17.

4. Desconozco los presentes de los grandes. VIRGILIO, *Eneid.* XII 519.

Los príncipes me otorgan mucho si no me quitan nada; y me hacen bien suficiente cuando no me infieren mal alguno: es todo cuanto yo les pido. ¡Oh, cuán obligado estoy á Dios por haberle placido que yo recibiera inmediatamente de su gracia todo cuanto tengo! ¡Cuánto de que haya retenido particularmente mi deuda entera! ¡Cuán encarecidamente suplico á su santa misericordia que jamás yo deba á nadie un servicio esencial! ¡Franquicia dichosísima que ya tan adentro de la vida me condujo! ¡El Señor quiera que así acabe! Yo procuro no tener de nadie necesidad ineludible; *in me omnes spes est mihi* ¹, y esto es cosa que todos pueden intentar, pero más fácilmente aquellos á quienes Dios puso al abrigo de las necesidades urgentes y naturales. Lastimosa y propensa á riesgos es la dependencia ajena. Nosotros mismos, que somos la dirección más justa y la más segura, no estamos bastante asegurados. Nada tengo que mejor me pertenezca que yo mismo, y sin embargo esta posesión es en parte cosa de préstamo y defectuosa. Yo me ejercito lo mismo del lado animoso, que es el más esencial, que del fortuito, á fin de encontrar en ellos con qué satisfacerme cuando todo lo demás me haya abandonado. Eleo Hipias no se proveyó solamente de ciencia para en el regazo de las musas poder gozosamente apartarse de todo otro comercio en caso necesario; ni solamente del conocimiento de la filosofía para enseñar á su alma á contentarse consigo misma, prescindiendo varonilmente de las ventajas exteriores cuando el acaso así lo ordenó: igual esmero puso en aprender á guisar su comida, á rasurarse, á prepararse sus vestidos, sus zapatos y sus bragas, para vivir sin auxilio extraño cuanto en su mano estuviera, y sustraerse al socorro ajeno. Se goza mucho más libre y regocijadamente de los bienes prestados cuando no se trata de un bien obligado al cual la necesidad nos empuja; y cuando se cuenta en sí mismo, en su voluntad y en su fortuna, con fuerzas y medios para de ellos prescindir. Yo me conozco bien, pero me es difícil imaginar ninguna liberalidad de nadie para conmigo por nitida que sea, ninguna hospitalidad, que no se me antoje desdichadas, tiránicas, y de censura impregnadas, si la necesidad á ella me hubiera sujetado. Como el dar es cualidad ambiciosa y de prerrogativa, así el aceptar es cualidad de sumisión; testimonio de ello es el injurioso y pendenciero desdén que hizo Bayaceto de los presentes que Tamerlán le enviara; y los que se ofrecieron de parte del emperador Solimán al emperador de Calcuta abocaron á éste á despecho tan grande, que no solamente los rechazó vigorosamente, diciendo que ni él ni sus predecesores acostumbraron nunca

1. Todas mis esperanzas residen en mí mismo. TERENCIO, *Adelph.*, acto III, esc. v, v. 9.

á aceptar beneficios, y que su misión era el procurarlos, sino que además hizo zambullir en un foso á los embajadores que le enviarán á este efecto. Cuando Tetis, dice Aristóteles, alaba á Júpiter; cuando los lacedemonios ensalzan á los atenienses, no les refrescan la memoria con los bienes que les hicieran, cosa siempre odiosa, recuérdanles las acciones buenas que de ellos recibieran. Aquellos á quienes veo tan llanamente utilizar á sus semejantes y con ellos adquirir compromisos, no harían tal si como yo saboreasen la dulzura de una libertad purísima, y si tantearan tanto cuánto un varón prudente debe pesar lo que una obligación sujeta: quizás ésta se paga algunas veces, pero jamás se logra que desaparezca. ¡Agarrotamiento cruel para quien ama la franquicia de sus brazos y su libertad en todos sentidos! Mis conocimientos, así los que me exceden como á los que yo supero, saben bien que jamás vieron un hombre que menos solicitara, pidiera ni suplicara, y que menos estuviera á cargo ajeno. Si en mí se cumplen estas condiciones mejor que en ninguno de nuestro tiempo no es maravilla grande, tanto mis costumbres á ello naturalmente contribuyen: un poco de natural altivez, la impaciencia con que soportaría el no ser atendido, la exigüidad de mis deseos y designios, la inhabilidad en toda suerte de negocios y mis cualidades más favoritas, que son la ociosidad y la franqueza. Por todas estas causas tomé odio mortal á depender de ningún otro; sólo en mí mismo quise asirme. Hago cuanto puedo por dispensarme, antes que echar mano del beneficio ajeno, ya sea ligero ó consistente y cualesquiera que fueran la ocasión y la necesidad. Mis amigos me importunan extraordinariamente cuando me empujan á solicitar de un tercero, pareciéndome apenas menos costoso desobligar á quien me debe, sirviéndome de él, que comprometerme con quien no me debe nada. Aparte de esta cualidad y de la otra, ó sea que no exijan de mí cosa de miramiento y cuidado (pues declaré guerra mortal á ambas cosas), me encuentro facilísimo y presto á socorrer las necesidades de todo el mundo. Huí siempre más el recibir que busqué coyuntura de dar, lo cual es más cómodo, como dice Aristóteles. Mi fortuna me consintió escasamente hacer bien á los demás, y esto poco lo distribuyó desacertadamente. Si aquélla me hubiera puesto en el mundo para ocupar algún señalado rango entre los hombres, habríame mostrado ambicioso por hacerme amar, no por ser temido ni admirado: ¿lo diré más descaradamente? Cuidaría más de ser grato que de alcanzar provecho. Ciro, prudentísimamente, y por boca de un muy excelente capitán y todavía mejor filósofo, considera su bondad y sus buenas obras muy por cima de su valor y belicosas conquistas; y el primer Escipión, por donde quiera que pretende significarse, pesa su benignidad y humanidad mucho

más que su arrojo y sus victorias, y tiene siempre en sus labios estas palabras gloriosas: « que dejó á sus enemigos tantos motivos de amor como á sus amigos ». Quiero, pues, decir, que si precisa deber alguna cosa, ha ser á más justo título que la de que vengo hablando, á la cual me compromete la ley de esta guerra miserable, y no una deuda tan enorme cual la de mi total conservación, la cual me abruma.

Mil veces me acosté en mi casa pensando que me traicionarian y acogotarian en la noche misma, encareciendo al acaso que fuera sin horror ni languidez, y exclamando después de mi paternóster:

Impius hæc tam culta novatia miles habebit ¹!

¿Qué remedio? Es éste el lugar de mi nacimiento y el de la mayor parte de mis antepasados; aquí pusieron su nombre y sus afecciones. Endurecémonos á todo lo que tornamos en costumbre, y para una tan raquítica condición como es la nuestra, el hábito es un presente favorabilísimo de la naturaleza, que adormece nuestras sensaciones ante el sufrimiento de muchos males. Las guerras civiles tienen de peor que las demás, entre otras cosas, el obligar á cada cual á estar de centinela en su propia morada:

*Quam miserum, porta vitam muroque tueri,
Vixque suæ tutum viribus esse domus* ²!

Es grande apuro el encontrarse ahogado hasta en su hogar y reposo domésticos. El lugar donde yo me mantengo es siempre el primero y el último en las pendencies de nuestros trastornos, y donde la paz nunca se muestra por entero:

Tum quoque, quum pax est, trepidant formidine belli ³.

*Quoties pacem fortuna lacessit,
Hæc iter est bellis... Melus, fortuna dedisses
Orbe sub Eoo sedem, gelidaque sub Arcto,
Errantesque domos* ⁴.

A veces alcanzo medio de fortificarme contra estas consideraciones con la indiferencia y la cobardía, las cuales también nos llevan á la resolución en algún modo. Ocurrere en ocasiones imaginar con alguna complacencia los peligros mortales y aguardarlos: me sumerjo en la muerte con el rostro abatido y sin alientos, sin conside-

1. ¡Tantas campañas roturadas serán despojo de un bárbaro soldado! VIRGILIO, *Eglog.*, I, 71.

2. ¡Desdichado es tener que proteger su vida con el amparo de puertas y murallas y mantenerse apenas seguro en su propia casa! OVIDIO, *Trist.*, IV, 1, 69.

3. Ni siquiera cuando vivimos en sosiego cesamos de temer la guerra. OVIDIO, *Trist.*, III, 10, 67.

4. Cuantas veces el acaso rompió la paz, abrió el camino de la guerra. ¿Oh! fortuna! ¿por qué no me procuraste una vivienda errante en los ardientes climas ó bajo la Osa helada? LUCANO, I, 255 y 56; 251.

rarla ni reconocerla, cual en una profundidad obscura y muda que me traga en un instante y á la que me arrojaría de un salto, envuelto en un poderoso sueño lleno de insipidez é indolencia. Y en esas muertes cortas y violentas, la consecuencia que yo preveo me procura consolación mayor que el efecto del trastorno. Dicen que así como la vida no es la mejor por ser larga, la muerte es la mejor por no serlo. No me pasma tanto el verme muerto como penetro en confidencia con el morir. Yo me envuelvo y me acurruco en esta tormenta que debe cegarme y arrebatarme furiosamente, con descarga pronta é insensible. ¡Si al menos sucediera, como dicen algunos jardineros, que las rosas y las violetas nacieran más odoríferas cerca de los ajos y las cebollas, tanto más cuanto que estas plantas chupan y atraen el mal olor de la tierra; si de la propia suerte esas naturalezas depravadas absorbieran todo el veneno de mi ambiente y de mi clima convirtiéndome en tanto mejor y más puro con su vecindad, de modo que yo no lo perdiera todo!... Lo cual por desdicha no acontece; pero de esto otro alguna parte puede caberme: la bondad es más hermosa y atrae más cuando es rara; la contrariedad y diversidad retienen y encierran en sí el bien obrar y lo inflaman juntamente, por el celo de la oposición y por la gloria. Los ladrones tienen á bien no detestarme particularmente; tampoco yo á ellos, porque me precisaría odiar á mucha gente. Semejantes conciencias viven cobijadas bajo diversos trajes; semejantes crueldades, deslealtades y latrocinios, y lo que todavía es peor, más cobarde, más seguro y más oscuro, bajo el amparo de las leyes. Menos detesto la injuria desenvuelta que traidora, guerrera que pacífica y jurídica. Nuestra fiebre vino á dar en un cuerpo que apenas empeoró: el fuego ya éste lo guardaba, la llama sola sobrevino: el tumulto es más grande, pero el mal muy poco mayor. Yo contesto ordinariamente á los que me piden razón de mis viajes « que sé muy bien lo que hago, pero no lo que con ellos busco ». Si se me dice que entre los extraños puede también haber salud escasa, y que sus costumbres no valen más que las nuestras, contesto primeramente, que es difícil,

Tam multæ scelerum facies

y luego que siempre sale uno ganando al cambiar el mal estado por el incierto; y que los males ajenos no deben mortificarnos tanto como los nuestros.

No quiero echar esto en olvido: nunca me sublevo tanto contra Francia que no mire á Paris con buenos ojos. Esta ciudad alberga mi corazón desde mi infancia, y con ella me sucedió lo que ocurre con las cosas excelentes: cuan-

1. ¡Tanto el crimen se multiplicó entre nosotros! VIRGILIO, *Georg.*, I, 306.

tas más poblaciones nuevas y hermosas después he visto, más la hermosura de aquélla puede y gana en mi afección. La quiero por sí misma, y más en su ser natural que recargada de extraña pompa; la quiero tiernamente hasta con sus lunares y sus manchas. Yo no soy francés sino por esta gran ciudad, grande en multiplicidad y variedad de gentes; notable por el lugar donde se asienta, pero sobre todo grande é incomparable en variedad y diversidad de comodidades, gloria de Francia y uno de los más nobles ornamentos del mundo. ¡Que Dios expulse de ella nuestras intestinas divisiones! Unida y cabal, la creo defendida contra toda violencia extraña; entiendo que entre todos los partidos el peor será aquel que en ella siembre la discordia; nada temo por ella si no es ella misma: y en verdad me inspira tantos temores como cuaquiera otra parte de este Estado. Mientras dure Paris, no me faltará un rincón donde dar rienda suelta á mis suspiros, suficientemente capaz á que yo no lamente todo otro lugar de recogimiento.

No porque Sócrates lo dijera, sino porque á la verdad es así mi manera de ser, y acaso no sin algún exceso, yo considero á los hombres todos como mis compatriotas; y abrazo lo mismo á un polaco que á un francés, subordinando esa unión nacional á la común y universal. Apenas me siento absorbido por las dulzuras de haber venido al mundo en el mismo suelo: las relaciones novísimas y cabalmente mías pareceme que valen cual las otras ordinarias y fortuitas del vecindario; las amistades puras que supimos ganar valen más ordinariamente que aquellas otras que la comunicación del terruño ó de la sangre nos procuraron. Naturaleza nos echó á este suelo libres y desatados; nosotros nos aprisionamos en determinados recintos como los reyes de Persia, que se imponían la obligación de no beber otra agua que la del río Choaspes, renunciando por torpeza á su derecho de servirse de todas las demás aguas, y secando para sus ojos todo el resto del universo. Es lo que Sócrates hizo cuando llegó su fin, ó sea considerar la orden de su destierro peor que una sentencia de muerte contra su persona; jamás podría yo imitarle; á lo que se me alcanza, nunca me encontraré tan unido ni tan estrechamente habituado á mi país: esas vidas celestiales muestran bastantes aspectos que yo penetro por reflexión, más que á ellos me inclino por afección; y cuentan también otros tan elevados y extraordinarios, que ni por mientes puedo alcanzar, puesto que tampoco soy capaz de concebirlos. Ese rasgo fué bien flaco en un hombre que consideraba el mundo como su ciudad natal; verdad es que menospreciaba las peregrinaciones, y que apenas si había puesto nunca los pies fuera del territorio del Ática. ¿Qué diré del acto que le impulsó á rechazar el dinero de sus

amigos para libertar su vida, y del oponerse á salir de la prisión por intermedio ajeno para no desobedecer á las leyes en un tiempo en que éstas estaban ya tan intensamente corrompidas? Estos ejemplos figuran para mí en aquella primera categoría; á la segunda corresponden otros que podría encontrar en el mismo personaje; muchos de ellos son raros procederes que sobrepujan los límites de mis acciones, y algunos superan además el alcance de mi juicio.

Aparte de las razones dichas, me parece el viajar un ejercicio provechoso: el alma adquiere en él una ejercitación continuada, haciéndola gustar una variedad de cosas desconocidas y nuevas; y yo no conozco mejor escuela, como muchas veces he dicho, para amaestrar la vida que el proponerla incesantemente la diversidad de tantas otras vidas, espectáculos y costumbres, haciéndola gustar una variedad tan perpetua de la contextura de nuestra naturaleza. El cuerpo, en los viajes, no permanece ocioso, sin que tampoco trabaje, y esta agitación moderada le comunica alientos. Yo me mantengo á caballo sin desmontar (achacoso y todo como me veo), y sin molestias, durante ocho ó diez horas,

Vires ultra sortemque senectæ¹:

ninguna estación para los viajes me es enemiga, si no es el calor rudo de un sol abrasador, pues las sombrillas que en Italia se usan desde la época de los antiguos romanos, cargan más el brazo que no descargan la cabeza. Quisiera saber la industria de que los persas se servían, al experimentar las acometidas primeras del lujo, propinándose el aire fresco de las umbrías, cuanto lo deseaban, como escribe Jenofonte. Gusto de las lluvias y lodazales como los patos. La mutación de aire y de clima no ejerce sobre mí ninguna influencia; todos los horizontes me son iguales, como formado que estoy de alteraciones internas que yo produzco, las cuales se muestran menos al viajar. Soy tardo para ponerme en movimiento, mas una vez encaminado voy adonde me llevan. Titubeo tanto en las empresas pequeñas como en las grandes, y el mismo cuidado pongo en equiparme para hacer una jornada y visitar á un vecino que para emprender un largo viaje. Me enseñé á realizar aquéllas á la española, de un tirón, que son caminatas grandes y razonables. Cuando el calor es extremo viajo de noche, desde que el sol se pone hasta que sale. El otro modo de viajar, que consiste en comer en el camino de una manera apresurada y tumultuaria, sobre todo cuando los días son cortos, es incómodo. Mis caballos son más resistentes: nunca me salió falso ninguno que supiera

¹ Sobrepujand las fuerzas y la salud de un anciano. VIRGILIO. *Enéid.*, VI, 11.

conmigo hacer la jornada primera; hago que beban en cualquier momento, y solamente tengo en cuenta que les quede el necesario camino para digerir el agua. La pereza en levantarme deja tiempo á los de mi séquito para almorzar á su gusto antes de partir. Nunca como demasiado tarde, el apetito me gana empezando, no de otro modo, y jamás me asalta si no es en la mesa.

Algunos se quejan de que me complazca en continuar este ejercicio casado y viejo. Hacen mal, porque es mejor coyuntura abandonar su casa cuando se la puso en vías de continuar sin nuestra ayuda, cuando en ella se implantó un orden que no desdice de su economía pasada. Mayor imprudencia es alejarse dejando en su morada una custodia menos fiel y que menos cuide de proveer á vuestros menesteres.

El más útil y honroso saber y la ocupación más digna de una madre de familia es la ciencia del hogar. Alguna veo avara; esmeradas en las cosas domésticas, muy pocas. Esta debe ser la cualidad primordial y la que ha de apetecerse antes que ninguna otra, como la sola dote que sirve á arruinar ó á salvar nuestras casas. Que no se me reponga á este aserto: conforme á lo que me enseñó la experiencia, requiero yo de una mujer casada, por cima de toda otra buena prenda, la virtud económica. Para que la alcance, la dejo yo con mi ausencia todo el manejo entre las manos. Con despecho veo en muchos hogares, entrar al señor, á eso del mediodía, cariacontecido y mustio á causa de la barahunda de los negocios, cuando la dama está todavía peinándose y acicalándose en su gabinete; bueno es esto para las reinas, y aun no estoy muy seguro. Es ridículo é injusto que la ociosidad de las mujeres se alimente con nuestro sudor y trabajo. Cuanto la cosa de mí dependa, á nadie acontecerá arreglar sus bienes más sanamente que á mí, ni tampoco más sosegada y corrientemente. Si el marido provee la materia, la naturaleza misma quiere que la mujer contribuya con el orden.

En cuanto á los deberes de la amistad marital, los cuales se suponen lacerados merced á esta ausencia, yo no lo creo así; por el contrario, aquélla es una inteligencia que fácilmente se enfria con la asistencia demasiado continuada, y á la cual la asiduidad hiere. Toda mujer extraña se nos antoja honrada, y todos reconocen por experiencia que el verse sin interrupción no llega á representar el placer que se experimenta desprendiéndose y uniéndose por intervalos. Estas interrupciones me llenan de un amor reciente hacia los míos y me convierten en más dulce el disfrute de mi vivienda: la vicisitud aguza mi apetito hacia un partido y luego hacia otro. Yo sé que la amistad tiene los brazos suficientemente largos para sustentarse y juntarse de un rincón del mundo al otro, y más particular-